

Sonsoles Hernández Barbosa. *Vidas excitadas. Sensorialidad y capitalismo en la cultura moderna*. Vitoria-Gasteiz: Sans Soleil Ediciones, 2022, 275 pp.

Luis Sazatornil Ruiz

“En *Vidas excitadas* trato de entender las condiciones de las que brotó esta centralidad de lo sensorial en la modernidad, que cristalizó en una nueva cultura material específica, es decir, en objetos que formaban parte de la vida cotidiana dirigidos a los sentidos”. Así de honestamente define su autora el objetivo de este libro nada ortodoxo, que continúa y completa su labor en otra publicación anterior derivada de su tesis doctoral: *Sinestrasias. Arte, literatura y música en el París fin de siglo, 1880-1900* (Abada, 2013).

Tras tan afortunado título encontramos una obra contundente y metódica que nos introduce con firmeza en un ámbito de estudio sutil, complejo y transdisciplinar: la evolución del régimen sensorial en la sociedad contemporánea. A través de ocho atrayentes capítulos desgana algunas claves de esa cultura de los sentidos en la modernidad: la comercialización del placer sensible en los grandes almacenes, la búsqueda de la empatía en los orígenes del marketing de masas, la importancia de la estimulación sensorial en la cultura del ocio (especialmente en las influyentes exposiciones universales), la sensibilidad en la cultura material privada, las patologías de la sobreestimulación (a partir de Simmel) o la singularidad sensorial del *dandy*.

Para cumplir con tan intrincados objetivos, en sus páginas se concilian con inteligencia la economía, la ciencia, la historia de los sentidos y las sensibilidades, los estudios sonoros, la cultura visual y la estética, alternando un análisis “desde abajo”, que sigue la conceptualización de E. P. Thompson, con la visión teórica “desde arriba” del sociólogo Simmel acerca de los efectos de las metrópolis modernas sobre la sensibilidad. Un enfoque en el que se superan los estudios visuales para introducir las demás experiencias sensoriales “(olfativas, auditivas, táctiles o gustativas), priorizando una perspectiva más completa e inmersiva del individuo moderno ante la nueva cultura sensible del capitalismo.

Para ello debe partir de una de las grandes premisas de la teoría crítica posestructuralista: la importancia que tuvo la apropiación de los cuerpos en el capitalismo. A partir de los trabajos de Foucault o de Debord se analiza la movilización de la experiencia sensible en los orígenes de la cultura capitalista, pues “el capitalismo se incorpora a los cuerpos excitando los sentidos, lo cual exige un cierto adiestramiento, un aprendizaje”. Al respecto reconoce la autora que pretende vincular cuerpo y capitalismo desde un enfoque histórico, persiguiendo esa “aprehensión corporalizada” definida por el antropólogo Keane “que tiene en cuenta la experiencia corporal, desde el cual cobran importancia los sentidos”. Pero la obra no se interesa tanto en el cuerpo como concepto, sino en la experiencia de este y,

en particular, de los sentidos. Desde esta premisa, una de las principales del libro, se analiza la cultura hiperestésica del fin de siglo, esa “hipersensibilidad de los nervios, las sensaciones y los sentidos que encontramos en la literatura y en el arte del siglo XIX” (Jütte). Pero si la “hiperestesia” hace referencia a la recepción de los estímulos, Hernández Barbosa se centra también en su producción, esa “hiperestimulación” de los sentidos consumida por amplios sectores de la sociedad finisecular y promovida por una amplia colección de espacios y artefactos destinados tanto al ámbito público como al privado, ligados a la incipiente cultura del ocio capitalista y cuya acelerada implantación es producto de la naciente “moral de la acumulación” burguesa.

Esta nueva cultura material incluye una variada generación de objetos de la vida cotidiana dedicados a la estimulación de los sentidos, una “cultura sensible” que contiene juguetes ópticos (desde las cajas ópticas, el diorama portátil o el poliorama panóptico, hasta los primeros ensayos con imágenes en movimiento, con el taumatropo, el caleidoscopio, el cromatropo o el troqueidoscopio) o, también, dispositivos sonoros (desde cajas musicales y pianolas hasta el fonógrafo y el gramófono). Tan súbita, rotunda e influyente movilización de la experiencia sensible se encuentra, como demuestra la obra, profundamente enraizada en los orígenes de la cultura capitalista y su despliegue sensorial. Y si bien es cierto que el análisis de estos objetos tiene un claro protagonismo en el texto, la obra se eleva sobre el brillo y el ruido de esos dispositivos para perseguir un objetivo mayor: la indagación sobre sus efectos sensoriales en el individuo nacido de esa modernidad capitalista.

El estudio parte de las dinámicas de ese primer capitalismo fruto de la industrialización, especialmente en el ámbito de las potencias europeas “desarrolladas” (con Gran Bretaña, Francia y Alemania a la cabeza), pero también hace guiños muy oportunos a la Europa del Sur. Su marco temporal se extiende por la cultura de la modernidad, ese “largo siglo XIX” que, siguiendo la periodización de Hobsbawm, se prolonga hasta la Primera Guerra Mundial. No obstante, en ocasiones se intuyen conexiones con aspectos que nos devuelven a nuestra sociedad del siglo XXI: desde los primeros casos de ansiedad, insomnio o estrés hasta patologías tan presentes en la actualidad como el trastorno por déficit de atención e hiperactividad.

Con todo, el argumento fundamental del que parte es que, desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, se observa un cambio emocional y sensorial en la sociedad occidental que transforma (y en ocasiones trastorna) la relación entre el individuo, su interior y su entorno. Desde entonces, las ciudades y las viviendas de las clases acomodadas empiezan a albergar sofisticados objetos y dispositivos, espacios para el ocio y el consumo o exposiciones y espectáculos en los más variados formatos. Esa atractiva combinación de tecnología, arte, moda, negocio y placer se sintetiza en fascinantes experiencias sensoriales, que han sido reconocidas como el origen experimental de la “industria del entretenimiento”. Una industria que, como afirmaba Benjamin, se configuró como la alta escuela en que las masas, hasta entonces apartadas del consumo, aprendieron a adaptarse “a los enormes cambios operados bajo el influjo de la publicidad”. En ese contexto, las mercancías se convirtieron en fetiches que seducían los sentidos para “excitar” el deseo de consumo.

De hecho, como ya advertía Debord, el nacimiento de la sociedad del espectáculo está en los orígenes de la cultura capitalista y sus estrategias de movilización de la sensorialidad. Las ciudades, como señala la autora recordando a Simmel, se “espectacularizan” y la gran maquinaria comercial del capitalismo transforma las capitales

européas –con París a la cabeza– con sus brillantes escaparates, sus luces, vitrinas, espejos, objetos preciosos y dispositivos tecnológicos, desplegando las seducciones de la nueva industria y la tecnología. Unas ciudades entendidas, finalmente, como grandes contenedores de experiencias sensibles al servicio del capital.

Todos esos nuevos espacios y objetos compartían un mismo propósito: “atraer al público a través de la estimulación de los sentidos”. Así lo afirmaba, por esas fechas, la siempre aguda y observadora Emilia Pardo Bazán, una asidua del París finisecular, para la que el objetivo de todo eso –sean anuncios o escaparates– es que “atraiga los ojos y entreabra el bolsillo; la tentación hábil, insidiosa, continua, que llega á convencerle á uno de que necesita con urgencia un objeto en que no pensaba cinco minutos antes, ni en su vida ha echado de menos”. En este contexto, sin embargo, el libro toma distancia respecto a ciertos reduccionismos en los estudios sobre la cultura de masas, advirtiendo contra el debate entre apocalípticos e integrados, entre los que ven esa cultura como una forma de alienación del individuo contemporáneo y los que lo hacen como una forma de democratización de la cultura. Frente a esta ambivalencia, el libro presenta la sensorialidad como elemento central de la sociedad de consumo capitalista, entendiendo que “implica elementos tanto de liberación como de control para el individuo. Si por un lado instrumentaliza las experiencias sensibles democratizando el gusto y el desarrollo de nuevas habilidades, genera, por otro, dinámicas de coacción de la voluntad, así como enfermedades inéditas hasta entonces”.

*Vidas excitadas* supera también el marco metodológico de los *Visual Studies* para hablar de una “sensorialidad globalizante”, demostrando que los cambios introducidos por esta nueva “cultura sensible” son, ante todo, perceptivos, afectando a todos los sentidos. De hecho, los “mecanismos de sugestión” que están en el origen de la publicidad pronto superan la imagen y las “leyes de la visión” para movilizar el resto de los sentidos. A partir de ahí, el feliz resultado del rigor metodológico y del torrente historiográfico volcado sobre la obra es una historia panorámica con un claro énfasis “agrupador” –a la manera de Hexter–. Desde ahí, y partiendo de un puñado de sofisticados objetos y dispositivos solo aparentemente inocentes, el libro nos guía por la nueva cultura de masas dirigida a la sensorialidad, para “arrojar luz sobre cómo este papel otorgado a los sentidos contribuye a la comprensión del individuo que nace con la modernidad capitalista” y, en última instancia, para trazar algunas estimulantes líneas de análisis que pueden llevarnos hasta el mundo actual.

Así, convencida su autora de que es imposible separar los ámbitos sensoriales, una de las mayores virtudes de la obra es desjerarquizar la “pirámide de los sentidos”, superando la larga tradición de los estudios visuales que habían situado la vista como “el sentido cognitivo por excelencia”, para atender también al resto de “sentidos externos”, con sus experiencias táctiles, olfativas, auditivas o del gusto o, incluso, contemplar los llamados “sentidos internos” (movimiento, cinestesia, sentido vestibular).

Para lograrlo, la fascinante panorámica histórica trazada parte, al menos, de sendas corrientes de pensamiento complementarias que han abordado a lo largo de las últimas décadas las experiencias subjetivas: la francófona historia de las sensibilidades, que viene estudiando la vida afectiva y sus manifestaciones (con origen en Lucien Febvre), y la tradición anglosajona de los estudios sensoriales, que acabó conectando con la historia sensorial de Mark M. Smith. Ambas corrientes han tenido un papel fundamental en la reivindicación de las experiencias subjetivas como objeto de

estudio histórico, hasta acabar entroncando con la historia cultural de los sentidos y, en el caso de esta obra, con los estudios de cultura visual y sonora.

Todas estas corrientes aportan a la obra de Hernández Barbosa una densidad analítica y un contexto historiográfico abrumador y minucioso que, no obstante, queda suavizado por un discurso ordenado y una prosa fluida pues, no en vano, su autora es también colaboradora habitual en revistas de poesía y autora de poemarios como *Núcleos de evolución* y *Sobrevivir al hábitat* (Trea, 2018 y 2023). Un libro, en definitiva, sobresaliente, novedoso y, por supuesto, “excitante”, que nos permite adentrarnos en un ámbito de estudio con enorme potencial de desarrollo y que subraya el relevante papel que la sensorialidad jugó en tiempos del capitalismo naciente. Todo ello convierte estas *Vidas excitadas* en un sólido cimiento para comprender la contemporaneidad y algunos de nuestros actuales debates estéticos y sociales.